



# DE LA AMISTAD EXTREMA

**MONTAIGNE & LA BOËTIE**

JEAN-LUC HENNIG

*Ariel*

## Índice

Portada

Cita

Las obras citadas se refieren a las ediciones siguientes:

Prólogo

1. De la servidumbre voluntaria

2. ¿Es esto vivir?

3. La sombra de Marguerite

4. Un encuentro fulminante

5. El nombre de Dordogne

6. Un cautivo enamorado

7. La estrategia de la virtud

8. Sócrates y Alcibíades

9. Lejos de él

10. 18 de agosto de 1563, muerte de La Boétie

11. Monstruos y quimeras

12. De la amistad extrema

Epílogo

Libros consultados para la traducción de esta obra

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

La huella es la aparición de una cercanía, por lejos que pueda estar lo que la dejó atrás. El aura es la aparición de una lejanía, por cerca que pueda estar lo que la provoca. En la huella nos hacemos con la cosa; en el aura es ella la que se apodera de nosotros.

WALTER BENJAMIN  
*El libro de los pasajes*

Las obras citadas se refieren a las ediciones siguientes:

1. Montaigne: *Essais* (Ed. PUF, 1965, *Lettre de Montaigne à son père*; Ed. NRF, Bibliothèque de la Pléiade, 1962).
2. La Boétie: *Discours de la servitude volontaire* (Ed. Vrin, 2002); *Oeuvres complètes* (publicadas por P. Bonnefon, 1892); *Poemata*, 20 (trad. Pierre Pachet, en *L'Amitié*, 1984).
3. *Lancelot du Lac* (Ed. Le Livre de Poche, «Lettres gothiques», t. 1 a 5, 1991-1999).

## Prólogo

En la amistad en ocasiones hay un momento en que esta deriva hacia el amor. A veces es uno, otras veces son uno y otro, juntos. A veces pasa de repente, otras veces después de un tiempo más o menos largo de separación o de olvido. Podríamos hablar con toda propiedad de un *lapsus*. La amistad se convierte en amor. Solo la llamamos amistad porque concierne a dos hombres o dos mujeres, aunque en el siglo XVI se sigue llamando también amistad a un vínculo entre hombre y mujer. Esa aparición del amor en la amistad es lo que he querido explorar a través de la breve relación entre Montaigne y La Boétie.

Como demuestra perfectamente Montaigne en su célebre ensayo, la amistad es lo más profundamente libre que existe, porque no está sometida a vínculos de sangre (fraternidad o paternidad) ni a vínculos de esperma (aunque estos no se hallen excluidos por completo), ni a vínculos de poder. Es una «libertad voluntaria» (I, 28, 185a), dice en un magnífico pleonasma, que hace eco a la magnífica paradoja de la «esclavitud voluntaria» de La Boétie, pero la libertad no es nunca lo suficientemente pleonástica. La amistad, «amistad extrema», como dice en otros lugares, no tiene ya nada que ver con esas relaciones distraídas (entretenidas), ligeras (fugaces), accesorias, apenas rozadas, apenas existentes que hoy en día reciben el nombre de «amistad» y que materializan bastante bien, nos atrevemos a decir, esos millones de amigos en la red. Ese tipo de afinidades que no lo son no tienen nada que ver, en realidad, con la amis-

tad extrema, ni siquiera con la amistad a secas. No hay vínculos sustanciales, solo las contingencias fortuitas de la vida social.

La amistad de la que hablo es otra cosa, a la vez agitación, seísmo, olvido, tránsito, intensidad, etcétera. Es un deseo a la vez de estar juntos y de no estarlo, de hacer cosas juntos y de no hacerlas, de relacionarse y de no relacionarse, de odiarse y de amarse de la misma manera. La amistad de la que hablo es un interruptor de amistad. Su fuerza está en la separación, en la libertad, en la libertad extrema, en la ruptura en cualquier momento, en el acercamiento irresistible, en la fuerza de no poder vivir sin él, ni él sin mí, en el impulso hacia lo que nos hace vivir y nos arrastra. En fin, se trata de una cosa muy rara y quizá olvidada incluso. Los amigos de los que hablo aquí vivieron juntos un cierto tiempo, «en torno a seis años antes de su muerte», dice Montaigne («Advertencia al lector», 1571), pero el tiempo no tiene ninguna importancia en este asunto, salvo para el superviviente, que vivirá el tiempo de extrema melancolía de la amistad (que durará treinta años para Montaigne). Porque hay un tiempo más allá de la amistad, más allá de la muerte, que es el de la estupefacción, de las «quimeras y monstruos fantásticos» (I, 8, 33a), a veces de «pensamientos muy dolorosos» (*Journal de voyage [Diario de viaje]*, 10 de mayo de 1581) que hacen sufrir considerablemente. Esa amistad extrema entre Montaigne y La Boétie fue, pues, un momento de juventud extrema, de plenitud extrema y de soledad extrema. Y esa es la definición misma del amor.

Marcela Iacub (*Libération*, 20 de abril de 2013) querría que ese vínculo social de la amistad, «el más importante, el más precioso», se elevara al rango de vínculo primario. Ese vínculo, muy poco frecuente (volvamos a decirlo) y del cual Montaigne y La Boétie serían (parece ser) los últimos supervivientes, es probablemente lo que más falta hoy en día, lo más contrario a nuestra sociedad prendada de un núcleo

conyugal compacto y amistades periféricas, y sin embargo, no se trata de una quimera. Al principio había imaginado hacer de este libro un tríptico que comprendería igualmente la amistad extrema de Lancelot y Galehaut (en la novela en prosa del siglo XIII *Lancelot du Lac*) y la amistad elemental (telúrica) de Ennis del Mar y Jack Twist en la espléndida novela de Annie Proulx *Brokeback Mountain* (1999). Junto con la amistad de Montaigne y La Boétie, las tres plantean la misma cuestión: ¿qué hace que exista una amistad tan intensa entre dos hombres aparentemente heterosexuales? ¿Hasta dónde es posible eso? ¿Es soportable, incluso? La respuesta es negativa en los dos primeros casos. En *Lancelot du Lac*, por la interferencia e intrusión entre ellos de Ginebra, que al final hace estallar la amistad y provoca la muerte de Galehaut. Es lo que se ha llamado, acertadamente, el paso histórico de la amistad caballeresca al amor cortés, donde la amistad queda sacrificada por la inclinación hacia el otro sexo. En Annie Proulx, la amistad que se funde con el universo de la naturaleza salvaje del Medio Oeste se ve dinamitada por la moral puritana y la intolerancia de aquellos que imponen a los demás sus costumbres ancestrales. Queda el caso inaudito de Montaigne y La Boétie, al cual finalmente acabaría consagrando todo este libro. Su amistad, aunque breve, llegó de inmediato a un punto de incandescencia tal que se convirtió en un misterio absoluto. Ese misterio es el que yo he querido resolver, sin estar del todo seguro del escenario que me encontraría. Pero es un escenario contemplado de una manera muy seria.

Todo parte de una hipótesis que hasta este momento no se ha formulado nunca: ¿y si de los dos hombres el que sintió una fuerte inclinación por el otro fue La Boétie? ¿Y si todo hubiera comenzado con un deslumbramiento, con un apasionamiento de La Boétie por Montaigne, por el ser entero de Montaigne, cuerpo y espíritu, ambos mezclados? ¿Y si La Boétie se hubiera enamorado violentamente de



Montaigne en cuanto le conoció? Tal será el postulado de partida de mi investigación sobre esta extravagante relación que el propio Montaigne califica de «relación divina» (I, 28, 190a), esa amistad loca e incluso imposible entre ellos, en la cual no se trata, según todas las pruebas, de un simple comercio intelectual, sino que se halla presente el deseo, entero y verdadero, por una parte y por la otra. Plantear la cuestión en tales términos, en lo que concierne a La Boétie, no es ciertamente «ocioso», como se ha pretendido, sino que resulta incluso fundamental, ya que despliega de una manera totalmente distinta toda la obra de La Boétie y (en cierta medida) la de Montaigne. De ese elemento biográfico tan importante en realidad no sabemos nada. Este libro presenta, por tanto, la arqueología de una amistad, la hipótesis de una amistad, la ficción de una amistad que nos resultará incomprensible para siempre. Pero según dice Montaigne, si él no lo ha contado todo, al menos ha dejado indicios, huellas. Si no se revelaron sus misterios, al menos los señaló con el dedo. Y la publicación por parte de Montaigne en 1571, y después en 1580, de una parte importante de los textos de La Boétie (con la excepción notable del *Discurso de la servidumbre voluntaria*) forma parte ciertamente de ello. Por no hablar de la carta de Montaigne a su padre sobre la muerte de La Boétie, y desde luego, de los *Ensayos*.

Todos los textos de La Boétie, sin excepción, son textos secretos. Él mismo ni siquiera procuró nunca su publicación. Y esto, cuando menos, es bastante singular. Son textos dedicados a distintos temas, pero distribuidos bajo mano a algunos amigos. Y si el *Discurso* fue editado primero en fragmentos en 1574, después entero en 1577, independientemente de Montaigne, es a él a quien se debe la divulgación de sus textos menos conocidos y más íntimos. Una divulgación como mínimo caótica, para lo cual Montaigne nos da todo tipo de justificaciones que parecen otros tantos subterfugios para disimular la verdadera cues-

tión (Montaigne es un as del maquillaje) y que se lleva a cabo en dos tiempos: 1) en 1571, bajo el título de *La Ménagerie de Xénophon*, las distintas traducciones del griego de Plutarco y Jenofonte, así como los veintiocho *Poemata* en latín. Y en un folleto aparte, los *Vers français*, comprendiendo los Veinticinco sonetos, seguidos de la *Chanson* (que en realidad se relaciona con el ciclo de los Veintinueve sonetos) y de la traducción de un fragmento del *Orlando furioso* de Ariosto; 2) en 1580, en la primera edición de los *Ensayos*, los Veintinueve sonetos que componen el capítulo 29 del libro I (en el centro del libro, por tanto) y que acabarán suprimidos por Montaigne después de 1588.

De modo que quien divulgó estos versos franceses (tanto los veinticinco como los Veintinueve sonetos), que no estaban destinados a priori a ser divulgados, fue precisamente su amigo más íntimo. Esto en sí ya es una curiosidad. ¿Qué impulsó a Montaigne a hacer tal cosa? En el testamento de La Boétie no vemos ninguna recomendación de este estilo, ni tampoco en la carta de Montaigne a su padre sobre la muerte de La Boétie. ¿Había algún secreto en esos textos? Un secreto que Montaigne a lo mejor conocía, que era el único en conocer, quizá junto con Marguerite de Carle, la esposa de La Boétie, y que asegura que está dispuesto a desvelar (¿debemos creerle, sin embargo?) «algún día al oído» (I, 29, 196a) a Madame de Gramont, condesa de Guiche, a quien Montaigne dedica los Veintinueve sonetos. Un secreto que quizá nos haya desvelado, en efecto, pero con medias palabras, para relatar la génesis de esa amistad, menos su cronología que sus implicaciones afectivas. Y que no explica en cambio en su ensayo sobre la amistad, donde no dice casi nada tangible sobre la naturaleza de su relación con La Boétie, y donde se aplica más bien a oscurecer la realidad para convertirla en una relación poética, casi mística. Lo que borra en su capítulo 28 del libro I, ¿por qué nos lo iba a decir, en otras circunstancias, al oído?

¿Por qué en este ensayo Montaigne insiste tanto en la idea de secreto? «El secreto», dice, «que yo he jurado no revelar a nadie, puedo comunicarlo sin cometer perjurio a aquel que no es otro, sino que soy yo mismo» (I, 28, 191c). Argumento bastante sofístico, por otra parte. ¿Por qué expresar tantas reticencias en los *Ensayos* y en otros escritos? Por ejemplo, en su carta-dedicatoria a M. de Lansac (1571): «Por fuerza, hablando de él, me ciño y me limito por debajo de lo que sé». Y dice también: «Hay algo más, aparte de todo mi discurso, y de lo que puedo decir en particular [en detalle], etc.» (I, 28, 188a). Si dice tan poco y de una manera tan vaga, tan confusa, tan críptica, es manifiestamente porque no puede o no quiere decir más. Y aquí abunda:

En cuanto a estas memorias, si se miran bien, se verá que yo lo he dicho todo, o lo he designado todo. Lo que no puedo expresar, lo señalo con el dedo.

«Pero estas breves indicaciones bastarán a un espíritu sagaz, y a su luz podrás descubrir el resto por ti mismo» [Lucrecio, *De rerum natura*, I, 403-404] (III, 9, 983b).

Y más adelante:

Sé muy bien que no dejaré detrás de mí ningún fiador tan afectuoso, hasta tal punto y tan entendido en mis actos como yo lo he sido en los suyos. No hay nadie a quien quisiera comprometer plenamente con mi pintura: solo él gozaba de mi imagen verdadera, y se la llevó. Por eso me descifro a mí mismo de este modo tan curioso.

Pero la frase, llevada a la edición de 1588, acabará tachada a continuación. Y unas páginas más adelante:

Además, quizá tenga yo alguna obligación particular de no decir más que a medias, confusamente, con un decir contradictorio (III, 9, 995-996c).

¿Por qué «no decir más que a medias»? ¿Qué «obligación particular» podía impulsarle o reprimirle? Jean-Yves Pouilloux, en un artículo esclarecedor (*Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, julio de 1999) demostró que no se podía tratar ni de política ni de religión. ¿Y si se hubiera tratado de sexualidad? No tanto de la suya como de la de La Boétie, ya que su palabra, como bien dice, compromete también a La Boétie: «La palabra pertenece a medias a aquel que habla, y a medias a aquel que escucha» (III, 13, 1088b). Hoy, el que habla (La Boétie) ha muerto. Y el que está muerto ocupa el lugar del secreto. Entonces, Montaigne juega al escondite. Dice sin decir, «señala con el dedo», cifra, juega a «decir a medias», ya que le constriñen por una parte la verdad (una verdad que también le afecta) y por otra el secreto (el recuerdo de un amigo). En ese sentido ha honrado su promesa, no lo ha traicionado jamás. Cosa que no le impide soñar, como La Boétie, con una edad de oro en la cual la comunicación sea franca, directa, enemiga de todo disimulo:

Si yo hubiera estado entre las naciones que dicen vivir todavía bajo la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que me habría pintado de buen grado entero y desnudo («Al lector», 3a).

Tras la muerte de La Boétie, en 1563, Montaigne pasó treinta años reviviendo (es decir, volviendo a vivir) esa amistad, esa pasión que le parecía imperfecta y de la cual todavía sentía el deseo. Decir que le trastornó y le extenuó se queda muy corto. Aquí vemos lo que escribía en 1588, una vez más sobre el secreto:

Creo que en el templo de Palas [Atenea], como vemos en todas las demás religiones, había misterios evidentes que se podían mostrar al pueblo, y otros misterios más secretos y eleva-

dos que solo se mostraban a los que habían profesado [iniciados]. Es lógico que en estos se encuentre el verdadero punto de la amistad que cada uno se debe (III, 10, 1006b).

Ahora bien, precisamente volvemos a encontrar este término de *misterios* medio siglo más tarde en la correspondencia, también críptica, de Guez de Balzac y su confidente, el crítico Jean Chapelain, los dos declaradamente homosexuales:

Balzac a Chapelain (25 de abril de 1640): Yo no soy de esos que hacen misterios de todo, pero soy aún menos de esos que divulgan los misterios.

Chapelain a Balzac (20 de octubre de 1640): [Sería necesario] que me fuera permitido extraer de las cartas que tenéis vos de mí lo que se pudiera comunicar al público sin profanar nuestros misterios.

Montaigne seguiría dando vueltas y vueltas sin fin a esos misterios, pero tras el velo de la reticencia. Fue necesario que uno desapareciera para que el otro declarase al fin interminablemente su amor, su dolor, su melancolía, sus ensoñaciones fantásticas, su añoranza de él, conservando al mismo tiempo su secreto. Y su intimidad fue tal que sin duda el secreto era infranqueable, tanto para uno como para el otro.

Sin embargo, fue una amistad pública y públicamente declarada (no tenía nada de oculto), una amistad que se decía y se escribía, que nació en el mundo y se dio a conocer al mundo, pero cuya naturaleza «singular» debía permanecer en secreto. Efectivamente, nació en público, prosiguió en público, a pesar del matrimonio (desde hacía algunos años) de La Boétie. Fue notoria hasta la muerte de La Boétie en 1563, ya que (según nos cuenta Montaigne) acabó por excluir a la familia cercana y hasta a Marguerite de Carle. Y se seguiría declarando hasta 1571, en la «Advertencia al lector» y esas cartas prefacio dirigidas por Mon-

taigne a corresponsales ilustres. Y al fin acabaría por ser universal gracias a los *Ensayos*, en 1580. Y, sin embargo, Montaigne no nos cuenta nada de ella. Se sigue obstinando en esa auténtica inverosimilitud, ese espejismo, esa invención quizá. Es incomprensible.

En un momento dado, Montaigne hace esta observación curiosa:

Debiendo durar tan poco y habiendo empezado tan tarde, ya que ambos éramos hombres adultos, y él unos cuantos años mayor que yo, no había tiempo que perder, ni había que ajustarse al patrón de las amistades lánguidas y corrientes, en las cuales hacen falta tantas precauciones de conversación [comercio, frecuentación] larga y previa (I, 28, 188-189a).

Doblemente curioso: «debiendo durar tan poco» es manifiestamente indicio de una visión retrospectiva y, por tanto, de la reconstrucción de una amistad que no podía prever su brevedad, a menos que la muerte estuviera ya inscrita en ella, de alguna manera misteriosa. Pero, según observa Roger Pons (*L'Information littéraire*, 1958, 5), suponemos que los dos amigos se habían asombrado, incluso escandalizado, por su infracción del código de la amistad, por su exceso de prisa y de ardor, que desafiaba todas las prudencias legítimas. Es cierto que la amistad fue pública en todo momento, pero si escandalizaba es prueba de que se parecía demasiado al amor.

Preservar la reputación de su amigo, salvarlo del olvido o de las interpretaciones desagradables, en resumen, como expresa bellamente en su carta a Michel de l'Hospital (1571), «acceder por esa obra suya al conocimiento de él mismo, y amar y besar en consecuencia su nombre y su memoria», sería siempre la línea de conducta de Montaigne. No buscaba tanto exonerarse él mismo como exonerar a La Boétie de toda sospecha a ese respecto, como de toda acusación de subversión a propósito del *Discurso*. En ese sentido se muestra muy claro:

Incluso con los vivos tengo la sensación de que se habla de ellos de una manera distinta a la que son en realidad. Y si yo no hubiera mantenido contra viento y marea a un amigo que perdí, me lo habrían desgarrado en mil aspectos contrarios (III, 9, 983b).

En ese sentido, la estrofa sobre la «licencia griega» (la homosexualidad), añadida después de 1588, tiende naturalmente a disculparlos a La Boétie y a él de todo comercio de ese tipo: no estigmatiza en absoluto, incluso valora, a propósito de Harmodio y Aristogitón, los amores entre el erastés (amante) y el erómeno (amado), pero la relación entre ellos dos, dice, no era nada semejante. Cosa que, por otra parte, era la pura verdad.

Pero en fin: esa amistad tan única, tan singular, parece reflejada de un modo tan púdico en los *Ensayos* que cuesta creer que existió realmente, cuando nos enteramos de que La Boétie estaba casado desde hacía algunos años (I, 29, 189a) y que escribía unos versos apasionados (I, 28, 196a) sin que se nos diga, sin embargo, quién es esa «Dordogne» a quien estaban destinados (I, 29, 196a). La lección más grande que se puede extraer de esta obra, a propósito de La Boétie, es que las pruebas están en todas partes y en ninguna. Como si Montaigne se hubiera aplicado, teniendo en todo momento a su amigo en mente, a borrar las huellas, a difuminar lo más posible la realidad, procediendo mediante observaciones oblicuas, en acercamientos discretos, en resumen, mediante toda una serie de protocolos de disimulo que permiten decir que hay un secreto que nunca se llega a mencionar. La escritura de la pasión entre hombres ha usado semejantes artificios desde hace mucho tiempo. Basta con ver, en el siglo siguiente, las cartas (en latín) de Théophile de Viau o las cartas incisivas de Cyrano de Bergerac. Montaigne vuelve a ello varias veces:

Mis fantasías se siguen, pero a veces de lejos, y se miran, pero con una mirada oblicua (III, 9, 994b).